

# Ecuador: un momento de definiciones

Mario Unda\*

\* *Sociólogo,  
Coordinador Académico  
del Centro  
de Investigaciones  
CIUDAD,  
Quito, Ecuador.*

---

¿Y ahora, qué? Han transcurrido ya casi tres meses desde el inicio del gobierno de Rafael Correa, inaugurado el 15 de enero de este 2007, y el ambiente político y social se nos presenta cada vez más pleno de conflictividad y, también, de incertidumbre. ¿Hacia dónde estamos yendo? ¿Nos encaminamos al abismo y la dictadura, como aseguran los políticos y articulistas de la derecha? ¿Al camino en el que, por fin, la patria será de todos, como anuncian los voceros gubernamentales?

En estos días somos testigos de un agudizamiento de las pugnas políticas, que habían comenzado antes incluso de la posesión de Correa el 15 de enero. Ya por entonces, voceros de la mayoría parlamentaria habían amenazado con “destituir” al presidente por su insistencia en convocar a una Asamblea Constituyente, que –según la oposición– sería inconstitucional. Enseguida, un diputado socialcristiano amenazó casi abiertamente con un golpe militar al estilo chileno. Y no habían transcurrido más de diez días

del nuevo gobierno cuando se produjo la muerte de la ministra de Defensa en un choque de dos helicópteros militares.

Ahora el presidente, retomando una oferta de campaña, convoca a consulta popular para que el pueblo responda sobre si quiere o no la instalación de una Asamblea Constituyente con plenos poderes. El Tribunal Supremo Electoral (TSE) remite el pedido al Congreso, para que lo “califique”. El Congreso demora la respuesta y, cuando finalmente accede, lo hace modificando la pregunta y el estatuto propuesto. El presidente remite un nuevo estatuto, que es aprobado por el TSE. La mayoría parlamentaria reacciona “sustituyendo” al presidente del organismo electoral. El TSE responde retirando los derechos de ciudadanía de los diputados de mayoría y, en consecuencia, destituyéndolos. En tanto, los grupos dominantes de Guayaquil lanzan una oposición “hasta las últimas consecuencias”, alegando que Correa, guayaquileño también, encamina políticas “centralistas” que atentan contra la unidad y los intereses de Guayaquil y la provincia del Guayas. ¿Los motivos? Por lo menos de palabra, el apoyo presidencial a la provincialización de Santa Elena, tres cantones de la costa guayasense, y su oposición a la concesión de la carretera Guayaquil-Salinas.

Es cierto que en la historia reciente no han sido infrecuentes las “pugnas de poderes” que han enfrentado, por lo general, al Ejecutivo y al Legislativo. Ahora también, pero es diferente: en aquellas otras ocasiones, la pugna expresaba el conflicto interno de los grupos dominantes.

Así, el Ecuador de estos inicios de 2007 está atravesando momentos de decisión. ¿Son posibles los cambios? ¿Están cerca? ¿Qué cambios estamos viviendo o tendremos por vivir? ¿Por qué una disputa en torno a la Constituyente nos tiene hablando de golpes y dictaduras? Algunos analistas<sup>1</sup> consideran que estamos a las puertas de cerrar un ciclo iniciado en 1978-1979, cuando la llamada “redemocratización” ponía fin a ocho años de dictaduras civiles y militares.

## **Las elecciones de octubre y noviembre de 2006**

Las elecciones se llevaron a cabo en dos turnos completamente diferentes. El hecho de que en la segunda vuelta haya triunfado Correa no debe hacer perder de vista los resultados de la primera vuelta —y sus causas. Esa gran diferencia en las dos vueltas es importante para comprender la situación actual: muestra, a un tiempo, lo que está en juego en el Ecuador de hoy, y las vías que compiten por ofrecer salidas.

## La primera vuelta

***“La primera vuelta electoral fue un triunfo de la derecha. No sólo porque su candidato presidencial obtuvo la primera votación, sino porque el Parlamento quedó enteramente bajo su control”***

La primera vuelta electoral fue un triunfo de la derecha. No sólo porque su candidato presidencial obtuvo la primera votación, sino porque el Parlamento quedó enteramente bajo su control. En efecto, el Partido Renovador Institucional de Acción Nacional (PRIAN) de Álvaro Noboa y el Partido Sociedad Patriótica (PSP) de Lucio Gutiérrez alcanzaron, entre ambos, la mitad de los 100 escaños en disputa. Como esos partidos ya mantuvieron una estrecha alianza durante los últimos meses del gobierno gutiérrezista, se preveía su accionar conjunto en esta nueva coyuntura. El futuro bloque de derecha se completaba con los diputados del Partido Socialcristiano (PSC) del ex presidente Febres Cordero (1984-1988) –reducidos tras las elecciones a un modesto lugar secundario– y de la rebautizada Unión Demócrata Cristiana (UDC), ex Democracia Popular, de los ex presidentes Hurtado y Mahuad.

No se trataba sólo de un triunfo numérico, sino de un claro avance político, pues el programa que enarbolaban los triunfadores de la primera vuelta incluía una agresiva política a favor de las privatizaciones; la firma del TLC con Estados Unidos; la participación en el Plan Colombia y la política guerrerista de la administración Bush; el mantenimiento de tropas extranjeras en Ecuador, en la Base de Manta; y una política represiva contra las luchas y demandas populares.

Fue también un triunfo del rostro más vulgar y pedestre de la “vieja política” oligárquica: la utilización de las formas más agresivas y degradantes de clientelismo, expresado en la compra directa de votos, las ofertas demagógicas, la utilización descarada de los sentimientos religiosos de los sectores más pobres, y el uso del miedo, atávico en algunos sectores, al comunismo, herencia de los años de la Guerra Fría; y asimismo, del fraude electoral, para el que se usó la información difundida por los medios que establecieron los datos que luego se reafirmarían con la multiplicación de irregularidades en muchas mesas y recintos electorales.

Pero al triunfo de la derecha en primera vuelta contribuyeron también otros factores, sobre todo, una serie de errores políticos y prácticas equivocadas por parte de las organizaciones populares y la izquierda: la profundización de su división, que ha reducido a cero los triunfos sociales en la cuestión de la OXY y el TLC<sup>2</sup>; el predominio de los intereses particulares por sobre los intereses generales del campo popular en la lucha por puestos burocráticos y candidaturas; y políticas electorales equivocadas como la del voto nulo para diputados, que ha permitido que el Congreso sea entregado en bandeja a la derecha y la ultraderecha –un voto nulo que no se acumula en ninguna parte y que no representa sólo a los sectores más descontentos con el sistema político sino también a los sectores más atrasados.

Varios sectores sociales habían levantado una amplia campaña por la anulación del voto en las elecciones de diputados como una manera –decían– de derrotar a la “partidocracia”. La propuesta encontró eco incluso en el entonces candidato Correa, que resolvió que su agrupación, Alianza País, no presentara candidatos a diputados. Un porcentaje elevado de ciudadanos siguió dicha orientación: en algunas provincias (como Pichincha, Azuay, Imbabura) el voto nulo alcanzó el 30% de los votantes, con lo que se convirtió –si cabe decirlo– en el candidato más votado. Pero, como en Ecuador los votos nulos y blancos se consideran legalmente “no válidos”, este acto de protesta terminó favoreciendo a los partidos que obtuvieron más votos (PRIAN y PSP), que vieron fortalecida su presencia parlamentaria.

## **El rechazo a los partidos del establishment político**

La amplitud del voto nulo fue un índice. El otro fue la dramática caída de los partidos políticos que habían dominado la escena política desde el “retorno a la constitucionalidad” en 1978-1979: el PSC, la Izquierda Democrática (ID) y el Partido Roldosista (PRE). Estos vieron drásticamente reducida su representación parlamentaria y, consecuentemente, su capacidad de control sobre otros organismos del Estado que se constituyen desde el Congreso: el Tribunal Supremo Electoral, el Tribunal Constitucional, la Corte Suprema de Justicia, la Procuraduría, la Fiscalía, las Superintendencias de Bancos y Compañías, etcétera.

En términos generales, puede decirse que un porcentaje grande de los votos del PRE y el PSC se transfirieron al PRIAN, mientras que un segmento de los de la ID se orientó hacia Correa y el voto nulo en las legislativas. El PSP pareciera haber recogido votaciones de los distintos partidos y movimientos. Por supuesto, no fueron “los partidos” en general los que sufrieron una derrota fuerte, sino específicamente aquellos identificados con el establishment; y fueron reemplazados por nuevos partidos que buscan llenar el espa-

cio de la representación de los grupos dominantes. En cualquier caso, constituyó una muestra adicional del amplio rechazo que concitan actualmente los partidos políticos.

Recordemos que desde el “retorno a la democracia”, en Ecuador se han vivido momentos de inestabilidad y descontento constantes, que comenzaron a profundizarse hacia la segunda mitad de la década del noventa. A partir de allí, comenzó un distanciamiento entre el sistema político y la conciencia social, que las encuestas recogían recurrentemente como una pérdida de credibilidad de los partidos políticos, los gobiernos y las instituciones, a tal punto que, actualmente, Ecuador es uno de los países con menor credibilidad de la democracia<sup>3</sup>.

Los dos últimos procesos electorales han sido un claro termómetro de lo que está ocurriendo: los partidos políticos “tradicionales” perdieron rápidamente terreno e influencia.

En las elecciones de 2002, sus candidatos presidenciales quedaron fuera de la segunda vuelta electoral, relegados a puestos secundarios; sin embargo, lograron mantener una mayoritaria votación en las elecciones para diputados, lo que les permitió conservar el control del Congreso y de los organismos nominados en el Parlamento.

Esta dualidad de la votación era una expresión incompleta de la inconformidad de la ciudadanía con los partidos políticos y las instituciones; ello se evidenció en la crisis de abril de 2005, durante la caída de Gutiérrez, cuando, a pesar de que la movilización se centró en la salida del presidente, el Parlamento fue también blanco de protestas masivas. Era ya el tercer gobernante que, elegido en las urnas, había sido forzado a abandonar el poder en medio de protestas y manifestaciones sociales. El primero fue Bucaram en 1997, y después Mahuad, en el año 2000. A pesar del papel dirimente de las fuerzas armadas en la resolución final de cada una de estas tres crisis, en ninguno de los casos se trató de los tradicionales golpes militares a los que estuvimos acostumbrados hasta los años setenta<sup>4</sup>.

Las elecciones recientes mostraron un rechazo ciudadano más completo: tanto en las candidaturas presidenciales como en las parlamentarias. Estamos, pues, ante un momento de quiebre en la política ecuatoriana.

## **La segunda vuelta**

La segunda vuelta fue una elección distinta, y las tendencias que se manifestaron en ella fueron totalmente diversas que aquellas que habían prevalecido un mes atrás. Correa obtuvo una gran mayoría de los votos, superando a su contendiente en cerca de 13 puntos porcentuales, una de las diferencias más amplias desde 1978. La votación mostró,

por lo demás, un electorado completamente polarizado, que prácticamente evitó los votos nulos y blancos.

Fue el triunfo de la expectativa de cambio de la mayoría de la población, el triunfo de la esperanza sobre los temores, de la autoactividad sobre la clientela, de la soberanía sobre el entreguismo al imperialismo norteamericano. La derrota de Noboa significó la más fuerte derrota que ha sufrido la derecha en los últimos años. Un programa de derecha y una forma clientelar de hacer política fueron derrotados en las urnas. Este resultado fue alcanzado gracias a grandes esfuerzos de movilización de voluntades y conciencias que, organizados unos, espontáneos otros, confluyeron en la convicción de cerrar el paso a una derecha retardataria y agresiva y abrir nuevamente las puertas a las posibilidades de iniciar una transformación.

La votación obtenida por Correa y las condiciones en que se desarrolló la campaña electoral muestran un alto grado de politización de la conciencia de la población. Pero esta politización también expresa diferentes ánimos. Confluyeron allí una votación programática de izquierda, que rechaza el neoliberalismo, la firma del TLC, la continuidad de la base militar estadounidense en Manta y el involucramiento abierto de Ecuador en el Plan Colombia; una votación "ciudadana" que rechaza la utilización del aparato estatal para fines privados, no se reconoce en los mecanismos de intermediación política y desprecia la acción de los partidos políticos y sus representantes; una votación popular que espera ver la recuperación de las políticas sociales y mejorar sus condiciones de vida. Confluyeron también una votación que ideológicamente se mueve hacia la derecha, pero que rechaza las formas descaradamente oligárquicas de ejercicio del poder y la política; una votación de sectores empresariales contrarios al TLC y la concentración monopólica; una votación amplia de sectores medios sustraídos al control ideológico tradicional de las formaciones políticas de centro y, por lo menos en Quito, en otros sectores urbanos de la sierra, el reflejo de los "forajidos"<sup>5</sup>.

***“La votación obtenida por Correa y las condiciones en que se desarrolló la campaña electoral muestran un alto grado de politización de la conciencia de la población. Pero esta politización también expresa diferentes ánimos”***

Los resultados electorales, y la movilización social que los sustentó, significan el inicio de una modificación en la relación de fuerzas. Los sectores populares y ciudadanos organizados, la conciencia social progresista y de izquierda están movilizados y confiados en su capacidad de acción; y abiertas las vías para que los movimientos sociales y la izquierda recuperen el terreno perdido durante la primera vuelta.

Mientras tanto, luego de la debacle socialcristiana en la primera vuelta y la contundente derrota de Noboa en la segunda ronda, la derecha queda golpeada en su capacidad de iniciativa y atracción política, y sin una cabeza fuerte identificable. Todo dependerá de las iniciativas que tomen los distintos bloques.

## **Las elecciones ecuatorianas en el contexto regional**

En el contexto regional, los resultados electorales en Ecuador son una derrota para las políticas del gobierno norteamericano, que, tras la victoria de Alan García en Perú y la reelección de Uribe en Colombia, parecía estar a punto de revertir el avance de fuerzas progresistas y opuestas a sus designios.

No obstante, la política de Bush ya recibió un fuerte golpe interno con la derrota de los republicanos en las elecciones legislativas, que dieron el control del Senado y la Cámara de Diputados a los demócratas.

Con la reelección de Lula en Brasil y de Chávez en Venezuela, y las presencias de Evo Morales en Bolivia y Kirchner en Argentina, la administración norteamericana no tendrá las facilidades gozadas estos años para imponer sus intereses y políticas. No obstante, a diferencia de lo que fue la política norteamericana frente a Chávez, al parecer su táctica será distinta, dejando para un segundo momento el escenario de confrontaciones abiertas.

Los empresarios y la derecha miran al Norte. Nada tiene de extraño, entonces, que entre los ataques más frecuentes al gobierno de Correa se encuentren similitudes y cercanías, reales o ficticias, con el proceso bolivariano.

## **Los primeros pasos del gobierno**

Los primeros pasos del gobierno de Correa parecen indicar, por lo menos, una inicial voluntad de realizar algunos cambios en el sentido que recogió su votación: no firma del TLC, no renovación de la Base de Manta, no involucramiento en el Plan Colombia; modificación de las políticas económicas, impulso a la producción, cambios en la política

petrolera (renegociación de los contratos con las transnacionales, acuerdos con Venezuela o Chile para refinar el crudo) y mejoramiento de las políticas sociales; conformación de un gabinete con una mayoría de “caras nuevas” en la política, con una importante presencia de mujeres y el primer ministro afroecuatoriano de la historia del país; y, sobre todo, llamamiento a una consulta popular para que el pueblo decida la instalación de una Asamblea Constituyente.

Su programa, en cambio, poco tiene que ver con el socialismo. Es probable que la acción gubernamental intente combinar visiones económicas de reactivación por lo menos cercanas al nekeynesianismo con políticas sociales más amplias, pero buscando evitar enfrentamientos serios con los grandes grupos empresariales. Probablemente, los intentos de legitimación transcurran más en los andariveles sociales que en los de la movilización social.

En estos primeros meses, dos ejes aparecen como centrales en la acción gubernativa. En primer lugar, las políticas sociales: el régimen ha duplicado el monto de los bonos de desarrollo humano (que benefician a los más pobres) y vivienda; y pospuso el pago de los créditos que los campesinos medianos y pequeños mantienen con el Banco de Fomento. Resulta evidente que un amplio grupo humano se va a favorecer con estas medidas y seguramente mejorará sus condiciones de vida. Pero también es cierto que estas buscan solventar uno de los principales déficits que tiene el gobierno: construir un real respaldo social que vaya más allá del respaldo electoral. En este empeño, el gobierno necesariamente choca con los partidos que se han aprovechado de los sectores desfavorecidos, utilizándolos como masa electoral. El PRIAN y PSP fueron beneficiarios de una parte significativa de su votación en estas últimas elecciones.

En segundo lugar, el enfrentamiento con la derecha. Correa no se ha dejado llevar al campo cenagoso de las componendas, aunque no ha estado exento de ciertas concesiones. La derecha, desde un inicio, mostró que tenía varias tácticas para enfrentar el momento actual, y casi todas han sido puestas sobre el tapete: los “consejos” y presiones para un gobierno moderado, venidos tanto desde sectores empresariales cuanto desde la “opinión pública”; los rumores económicos; los cercos y obstáculos a la acción gubernativa desde el Congreso que dominan; las amenazas de destitución y de golpes militares; y las conspiraciones donde se adelantan todos estos planes.

Para el gobierno, enfrentar a la derecha es una necesidad: sin ello carecerá de campo de acción y quedará entrampado en las redes que día a día le tienden. El respaldo dado por Correa a la provincialización de Santa Elena muestra, también, su decisión de enfrentar a la derecha y restarle base de respaldo electoral. Y abre la posibilidad de que las ofertas de campaña lleguen a concretarse, así sea en parte.

## La Asamblea Constituyente

La propuesta de Asamblea Constituyente ha estado en el centro del debate en este primer tramo de vida del gobierno. Evidentemente, una Asamblea y una nueva Constitución no resolverán los problemas del país ni de las mayorías populares; hasta los propios voceros gubernamentales se encargan de recordarlo. ¿Por qué, entonces, el avispero que se ha levantado a su alrededor? Varias son las razones.

En primer lugar, la expectativa ciudadana. La gente, incluso quienes no votaron por Correa, aspiran a un cambio en el estado de cosas, y creen que la Asamblea es la vía para lograrlo (por lo menos, la mejor vía): encuestas recientes mostraron que casi un 90% de la población apoyaba la instalación de la Constituyente. En otras palabras, el respaldo y el capital político del gobierno y la oposición pueden llegar a jugarse en ese terreno.

En segundo lugar, las elecciones para la Asamblea –y, previamente, la consulta popular para que el pueblo exprese si está de acuerdo o no con su instalación– son vistas por todos los actores como una suerte de tercera vuelta electoral. La primera y segunda vuelta no fueron una secuencia, sino una ruptura: en la primera se expresó el país conservador y clientelar; en la segunda hizo su entrada el país de la esperanza en el cambio. En la primera vuelta triunfaron los grupos de poder tradicionales, con sus nuevas caras; en la segunda se manifestó la resistencia popular y ciudadana. No está muy claro, por lo tanto, cuál de los dos bandos podrá mover la situación a su favor. Ello explica las maniobras de la oposición de derecha.

En efecto, si en un primer momento se manifestaron abiertamente contrarios a la Asamblea Constituyente, alegando que las reformas podía hacerlas el Congreso (donde ejercen el control absoluto), cambiaron luego de posición y dijeron apoyarla, siempre y cuando “respete la Constitución y los resultados de las elecciones”, es decir, la composición del Congreso y de las instituciones que él nombró desde el inicio del período. Luego se dedicaron a torpedearla en un juego de ping pong entre el Congreso y el Tribunal Supremo Electoral.

¿Por qué tanto afán? Parece evidente que, aunque ponga sus miras en ella, la derecha no se siente cómoda con una Asamblea Constituyente elegida en un plazo más o menos inmediato. Con las demoras se busca que el pueblo termine por cansarse y le reste respaldo a la propuesta. Y si ello no ocurriera, es preferible que al menos pase un tiempo hasta que el gobierno se desgaste y, de este modo, recuperar el terreno electoral perdido en la segunda vuelta, es decir, llevar al país de regreso a la primera vuelta. Quizás traten de llevar adelante manifestaciones masivas (por ejemplo en Guayaquil, con el pretexto de la provincialización de Santa Elena). Como quedó dicho, no puede descartarse que, si todo esto fracasa, jueguen la carta del golpe militar.

La derecha busca un espacio para su recuperación. Y parte de ese trayecto son los intentos de reconstitución política relativamente “novedosos” (un proto-partido impulsado por empresarios de Guayaquil y Quito; los anuncios del alcalde de Guayaquil, el socialcristiano Nebot, de que ha pasado la época de los partidos y se abre la de las corrientes ciudadanas). Intentos, pues, de torcer a la derecha la visión “ciudadanista”, extendida estos últimos años y capitalizada por Correa en las últimas elecciones. Resulta claro que el gobierno es un obstáculo para esas intenciones.

En tercer lugar, la Constitución de 1998 es esencialmente ambigua: fruto, al fin de cuentas, de la heterogénea movilización social que derrotó a Bucaram en 1997, combinada con el espíritu de esos años. Por un lado, afianzó el rumbo neoliberal: las privatizaciones, la primacía del mercado, los obstáculos a la lucha de los trabajadores y la “reforma del Estado”. Pero, por otra parte, fue invadida por las ansias participativas de la población. Se reconocieron por primera vez los derechos colectivos, sobre todo de los pueblos indígenas y afroecuatorianos; se profundizó el reconocimiento de los derechos de las mujeres, jóvenes y niños; y se abrió un gran campo para la participación social en diversos ámbitos de las políticas públicas (mejor dicho, de las políticas sociales). Una Constitución, ya que no de consenso, sino de tregua. Y, como tal, un marco legal pletórico de brechas irresolubles.

Así, los objetivos de los distintos bloques están claros y han sido explicitados por los propios interesados. La derecha y los grupos empresariales aspiran a reformas que afirmen el contenido neoliberal y difuminen los derechos populares. Los movimientos sociales aspiran a una Constitución que defienda los derechos reconocidos y recupere otros que fueron borrados en la época neoliberal; en fin, que abra una puerta de salida desde “la larga noche neoliberal” hacia un futuro más justo y equitativo.

Dependerá de los resultados electorales; pero no sólo de ellos. Para los movimientos populares se trata de construir espacios de debate público amplio que permitan reagrupar las fuerzas sociales del cambio y reafirmar la derrota de las derechas. Es una época en la que, más allá de los vaivenes coyunturales, se hace urgente la recomposición orgánica y política del bloque popular, la recuperación de la capacidad de movilización permanente, la reconstrucción de espacios de acuerdo y unidad. La campaña alrededor de la Constituyente debe ir en ese camino: para presionar por su realización, frenar las maniobras de la derecha, buscar un triunfo electoral, tener opciones de que las propuestas sean recogidas, acompañar la Constituyente con la movilización social —y mantener ese espíritu más allá de la propia Asamblea. Sin ello, lo alcanzado hasta ahora puede escaparse en un abrir y cerrar de ojos, como el agua entre los dedos.

## Notas

1 Por ejemplo, Alejandro Moreano, en *Tintají* 103, diciembre de 2006.

2 Durante el año 2006, distintos sectores sociales, encabezados por el movimiento indígena, realizaron una serie de movilizaciones que lograron poner freno a las intenciones de los grandes empresarios y el gobierno de Palacio de firmar el Tratado de Libre Comercio con Estados Unidos, y presionaron por la caducidad del contrato con la petrolera transnacional OXY, medida que fue finalmente adoptada por el gobierno. Durante estas movilizaciones quedó en evidencia que el movimiento indígena, a pesar del reflujo que sufrió tras la malhadada participación en el gobierno de Gutiérrez, mantenía aún una importante capacidad de organización y movilización; y se mostró también, por un lado, la recuperación de otros sectores, especialmente juveniles, y por otro, la politización creciente de la sociedad.

3 Ver informe en *Latinobarómetro* <[www.latinobarometro.org](http://www.latinobarometro.org)>.

4 El fenómeno es compartido por otros países de América Latina. Ver *Informe Latinobarómetro 2006* en <[www.latinobarometro.org](http://www.latinobarometro.org)>.

5 Se trata del nombre que recibieron los manifestantes que en abril de 2005 precipitaron la caída de Gutiérrez.